

Las estrellas eran un dosel de candelas colgado sobre el océano.

Pág 12

Lo curioso del asunto es que aquella idea, aunque todavía me desconcertaba un poco, se me antojaba cada vez más excitante.

Pág 20

¿Qué había ocurrido aquella tarde en la segunda planta de Villa Candelaria? Sinceramente, no lo sé. Oí el sonido de unos pasos y vi, o creí ver.

Los Mendoza se hicieron ricos en el siglo diecisiete, capturando negros en África y llevándoselos encadenados a América para venderlos como esclavos.

Pág 106

Si quiero ser sincero, debo reconocer que las chicas me daban miedo.

Pág 20

Resulta un poco raro, ya lo sé, pero exactamente así me sentía yo: como alguien que buscara su sitio en el mundo sin saber muy bien cómo es ese lugar ni dónde se encuentra.

Pág 76

A veces, después de la cena, daba largos paseos por la playa. El mar es diferente de noche, más misterioso que durante el día.

Dicen que cada nueva mañana nos trae mil rosas; sí pero ¿Dónde están los pétalos de la rosa de ayer?

OMAR KHAYYAM

Y creo que también fue entonces cuando realicé un importante descubrimiento. Rosa dibujaba, tía Adela y Margarita bordaban, Violeta escribía, Azucena miraba. Concentradas cada una de ellas en su tarea, no hablaban entre sí, pero de algún modo estaban completamente unidas, como si les bastara el silencio para comunicarse, como si fueran un único organismo. No pude evitar sentir un poco de envidia por aquella armonía, y también tristeza, pues comprendí que yo jamás podría formar parte del íntimo universo que componían esas cinco mujeres. Y eso era así no por ser yo un intruso sino, sencillamente, por mi condición de hombre.

En ocasiones, las matemáticas dejan de ser una ciencia abstracta para convertirse en algo terriblemente concreto. El desván de Villa Candelaria tenía doce metros de profundidad por diez de ancho y tres de altura. En total, trescientos sesenta metros cúbicos abarrotados de cachivaches. Si suponemos que cada metro cúbico contenía una masa de treinta kilos —y me quedo corto—, el resultado final de la ecuación era que nos enfrentábamos a once toneladas de trastos. Sólo de pensarlo me sentía agotado.

Pág 145

Yo estaba muy perplejo. Tío Luis me había parecido siempre un hombre afable y comprensivo, incluso un poco calzonazos; y de repente, se había transformado en una especie de padre del siglo diecinueve, despótico e intolerante. Supongo que aquel insólito cambio de carácter se debía al rencor que mi tío les profesaba a los Mendoza. Pero ¿cómo era posible tanto odio?

Pág 153

—La televisión no dice más que bobadas, pero es hipnótica —le echó un último vistazo al aparato, se rascó la cabeza y, antes de apagarlo, agregó—: ¿Sabes?, creo que la tele es el único móvil perpetuo que existe. Siempre emitirá programas y siempre habrá gente contemplándolos, por toda la eternidad. Da un poco de miedo, ¿no te parece?

Pág 132

De repente, mis cuatro primas habían hecho una piña, como si los problemas de una de ellas afectaran por igual a las demás. Y yo, de nuevo, volví a preguntarme si mi hermano y yo podríamos llegar alguna vez a estar tan unidos; pero me dije que probablemente no, al menos no de aquel modo tan incondicional, por la simple razón de que éramos hombres y, por tanto, lo suficientemente estúpidos para no permitirnos mostrar ni un ápice de debilidad.

Pág 154

Resultaba fácil considerar a tío Luis el malo de la película; a fin de cuentas, era él quien se comportaba de forma intolerante, como un padre despótico y cruel. Sin embargo, tío Luis tenía sus razones para actuar de ese modo; unas razones equivocadas, pero poderosas. Y eso es lo que aprendí, que siempre hay una causa para lo que hacemos, que todos tenemos nuestros motivos.

Pág 158

Descubrí muchas cosas aquel verano, y no sólo un collar perdido. Descubrí que el Paraíso puede encontrarse en el tacto de una piel suave, que las caricias son más fuertes que los golpes, que los besos pueden hacerte volar; descubrí que había sentimientos insospechados en mi interior; que se puede reír y llorar al mismo tiempo; que es tan excitante querer como ser querido; descubrí, en definitiva, algo tan simple y tan complejo, tan vulgar y tan extraordinario, tan dulce y tan amargo, como el amor.

Pág 234